

Ingeniero de CORAZÓN

[MIREYA PÉREZ]

El ingeniero Jorge Pérez Montaña, presidente actual del XXX Consejo Nacional del Colegio de Ingenieros Civiles de México, en una entrevista muy cordial, describe para CyT, a través de la experiencia personal, un pasado reciente de la ingeniería civil mexicana, y reafirma su compromiso de trabajar en pro de esta rama profesional que tantas satisfacciones ha dado a México.



Semblanza

Egresado de la Facultad de Ingeniería de la UNAM, obtuvo el título de ingeniero civil en 1965. Tiene especialidad en Valuación Inmobiliaria por la Facultad de Arquitectura de la UNAM

Inició sus actividades en el grupo ICA, donde fue director de producción de la División de Construcción y Desarrollo, miembro del Consejo y vicepresidente de Construcción Industrial. En 1989 constituyó el Grupo de empresas Corporación SIMEC, donde se originó Grupo de Desarrollo Estratégico de Negocios DENCO, compañía conformada por Constructora SIMEC, SIMEC Construcciones, DEN Desarrollo Inmobiliario, DEN Administración y Gerencia de Proyectos, DEN Inmobiliaria, DEN Entretenimiento y Terminales Mexicanas de Carga.

Actividad gremial

Es socio de la Sociedad de ex alumnos de la Facultad de Ingeniería (SEFI), miembro del Colegio de Ingenieros Civiles de México, de la Fundación UNAM y de la Cámara Mexicana de la Industria de la Construcción (CMIC), así como de la Cámara Nacional de Empresas de Consultoría.

Ha participado en foros de la Federación Internacional Europea de la Construcción y del Centro Empresarial Mexicano para Asuntos Internacionales (CEMAI), entre otros.

¿Qué circunstancias rodearon su vida de estudiante?

Soy producto de ese México que ya no existe. Pertenezco a una generación que tuvo grandes oportunidades de desarrollo, circunstancia que debo reconocer, a pesar de que mi familia no contaba con muchos recursos. Incluso, estudié la carrera gracias a una beca que pude obtener pues mi padre era funcionario en Petróleos Mexicanos.

¿Cuándo obtuvo la beca?

Cuando ingresé a la facultad de ingeniería de la UNAM. Con esa beca pude terminar mis estudios. Sin embargo, eran tiempos difíciles... claro, hoy puede parecer poco que los camiones de primera costaban 25 centavos y 20 los de segunda, pero el valor del dinero también era otro. Me pasaba mucho tiempo en Ciudad Universitaria estudiando para sostener el promedio de calificaciones que me permitiera seguir con la beca, pues debía llevar mis reportes cada seis meses a Pemex y cabe mencionar que nunca perdí la beca.

¿Alguien influyó en su decisión de ser ingeniero?

Más bien, alguien me convenció de no ser doctor. Mi hermano mayor es médico y en alguna ocasión me invitó a una sala de operaciones, y ahí me desmayé y quedé convencido de esa no era mi vocación.

Me incliné a la ingeniería y si volviera nacer volvería a ser ingeniero civil. Es una carrera en la que se puede interactuar importantemente con otras profesiones de manera satisfactoria, representando a México con su ingeniería. Nunca quedamos mal ni aquí ni en el extranjero. Así, tuve la oportunidad de ir a congresos a Berlín, Estados Unidos, Amé-

rica del Sur y a España, y causábamos admiración. Mostrábamos el milagro mexicano con 50 años de crecimiento sostenido, por lo que se nos veía con admiración, respeto y significación como técnicos muy calificados.

¿Personajes inolvidables?

Por supuesto, mi padre, y después el Ing. Bernardo Quintana, cuya visión como empresario, persona, universitario, profesionista, en general como ser humano, no tenía límites. Él creía en la gente y siempre decía "...yo no sé trabajar con empleados, yo trabajo con socios". Éramos dueños desde el Consejo de administración hasta los obreros, y el Consejo no tenía mayoría, era una cooperativa de producción donde todos teníamos que producir para tener un patrimonio protegido por un Consejo de Administración.

Por otra parte, cuando entré a la facultad de ingeniería en 1960 y en cuarto año tomé Estabilidad de las Construcciones con el maestro Daniel Ruiz Hernández, Premio Nacional de Ingeniería 2003 y uno de los mejores ingenieros que he conocido. Con él pasé la materia en la segunda vuelta porque en el primer examen me puso un "revolcón" con una estructura hiperestática que todavía me acuerdo. Pero, en la segunda oportunidad que se trató sobre el diseño de una cimentación ya estaba más fuerte. Entonces, me atreví a solicitarle tener acceso a un empleo, porque con la beca no me alcanzaba para cubrir mis necesidades... Era poco dinero, así que le pedí al ingeniero que me contratara en la empresa. En ese entonces, era director de ECSA, Estructuras y Cimentaciones SA, de ICA, y debo confesar que yo ignoraba qué era ICA.

“Me pasaba mucho tiempo en Ciudad Universitaria estudiando para sostener el promedio de calificaciones que me permitiera seguir con la beca”.

El ingeniero me dio una tarjeta recomendándome con el Ing. Francisco Montellano, gerente de las obras en proceso en Nonoalco-Tlatelolco para que trabajara medio tiempo. Allí había intendentes, jefes de superintendentes y de obra, topógrafos y cadeneros. Ahí empecé, en el último escalón.

Después, surgió la construcción del edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores, y cuando se terminó una zona de multifamiliares, también en Tlatelolco, me dio un puesto mejor, de asistente del jefe de obra. Con este cargo ya me dejaban hacer mis colados en la noche y también tenía que estudiar... A veces no llegaba en dos o tres días a la casa, por lo me las tenía que ver con el enojo de la familia.

¿Eran buenos tiempos para la construcción?

Era ese México que ya no existe y en el que de 1932 a 1982, en 50 años, el país creció a 6% anual sostenido. Me tocó estar en la mitad de este tiempo, cuando se construía mucha infraestructura. Había trabajo en el Seguro Social, por todos lados había proyectos de vivienda y se arrancaron los complejos petroquímicos de la Cangrejera, Pajaritos e Infiernillo.

Para mi fortuna soy parte de esa generación porque cuando terminé mi carrera en 1964 me recibí inmediatamente y como ya había trabajado dos años en ICA, no de medio tiempo, sino de tiempo y medio, porque trabajábamos mucho, ya titulado me dieron la categoría de superintendente y con este cargo llegaron muchas oportunidades de participar en obras importantes, como la urbanización total de ciudad Nezahualcóyotl, el inicio de Cuautitlán Izcalli, del Metro de la ciudad de México, del cual construimos 40 km en 40 meses, y quedó inaugurado y funcionando.

Después, también en ICA, con el ingeniero Juan Manuel Zurita, verdadero pilar de la ingeniería, empecé una carrera gremialista, como vicepresidente de la Cámara Mexicana de la Industria de la Construcción, precisamente en 1985, cuando después de los sismos de septiembre nos querían linchar a todos los constructores. Pero, lo que pasaba

era que nunca habíamos sufrido un temblor de esas características...

Con posterioridad, fui vicepresidente de una división del grupo ICA, y luego, por encargo del Ing. Bernardo Quintana Arriola, junto con el Lic. Gilberto Borja fui fundador de una vicepresidencia de Construcción Industrial, para lanzarnos a la construcción de la nucleoelectrica de Laguna Verde, donde aprendimos sobre lo más actual de la tecnología y de las capacidades del concreto, de gerencia, de proyecto de montaje y de soldadura.

Por entonces ICA construía en todo el país y era tal su importancia que se le calificaba como uno de los más activos del país porque generábamos mucho empleo. Simplemente, ICA llegó a tener 110 mil empleados.

¿Tuvo oportunidad de trabajar en el extranjero?

A principios de la década de los 70 ya estaba trabajando en Colombia, Argentina, en Brasil, Costa Rica, Panamá y Ecuador, y empezamos a ganar concursos, incluso en EU. Construimos una parte del metro de Miami, y luego recuerdo que llegamos a concursar hasta en China por una carretera que llegaba a Beijing. No la ganamos, pero teníamos condiciones para concursar.

Al paso del tiempo ¿cómo se ve a sí mismo?

Me veo como un producto de ese México que en esos 50 años creció, e hizo la infraestructura que hoy nos hace vivir y nos sostiene.

Por otra parte, con una profunda tristeza de saber que fuimos escuchados y admirados en foros y por profesionales que hoy nos tienen invadidos como, por ejemplo, los coreanos. Es bueno saber que concursamos con los "gallo-nes del mundo", de tú a tú y hoy no podemos ni levantar la voz. Algo injusto pues se desplaza así a la ingeniería nacional y las empresas se han descapitalizado con cientos de millones de dólares mientras sus pasivos crecieron, con el fisco, el Seguro Social, y con los bancos a partir de las crisis desde 1992 al 94 y al 2000.

Somos de los países que por millón de habitantes tenemos menos ingenieros civiles.

En contraste, me siento muy animado y con un vigor renovado para dar la batalla en favor de la ingeniería mexicana. ☺

“Es bueno saber que concursamos con los más “gallo-nes del mundo”, de tú a tú y hoy no podemos ni levantar la voz”.

